

bia llegado al artículo, porque le acometió un accidente que la puso en agonía. Se juntó la Sta. Comunidad y le rezó el credo, y como no estaba fuera de sí en lo interior, oyó bien todo, así lo que se le sugería al oído, como el auxilio religioso con que se le ayudaba. Lo cual le sirvió mucho para ir cada día que la daba Dios mas de vida, disponiéndose mejor para la muerte.

Prosiguió desde entonces mas momentaneo el riesgo y se pensó que le habia caído cancer con el indicio de unas manchas negras en las espaldas: y sobre el hígado y de unos ardores que sentía en lo interior de su cuerpo. Mucho temia los dolores y ansias de la cangrena con que habia de morir. Yo desde antes con mucho, cuando me lo decia, fiado en la Piedad infinita de Ntro. Gran Dios, la respondía que esperara bien de Su Magestad que no le sucedería lo que le daba tanto temor. Como fue así, pues habiendo pasado la mañana del día diez con muchos dolores y el desconsuelo de que se estaba encancerando, aquella tarde se determinó volverle á dar el Divino Viático, por haber ya mas de quince días de haberlo recibido.

Estaba muy deficiente y descaecida y mas habiendo padecido un sueño letárgico, que era menester de continuo estar haciéndola sacudir aquella modorra porque no se apoderara de ella un insulto, pero lo mismo fué recibir el Smo. Sacramento, que empesar á incorporarse y cada instante se iba aliviando mas; queriendo el Sr. en esta ocasión, ser la medicina para su cuerpo tambien. Durole este alivio notable toda aquella noche y casi todo el día siguiente que parecia ya otra, á exepción de una punzada molestísima que aun sentia en parte interior muy delicada y que le obligava á levantar la voz por la vehemencia del dolor, quebrando el corazón el oirla, sin hallarse cosa con que poder divertir aquel humor tan acre que se le desprendió é hizo manción en aquel lugar. Ya se conoció no ser cancer pero quedaba el temor de la sangre, esta se le irritó de suerte que el día once, desde las ocho de la noche empezó á padecer tales agonias, que solo habiéndolas visto se podia hacer concepto caval. Extremeciase toda con gran concución del cuerpo todo, la lengua se le partía toda, porque la movía incesantemente sobre los dientes, teniéndola de fuera, y á veces la doblaba hácia un lado de la boca con un modo nunca visto. Así perseveró muy cerca de dos horas, tiempo en que se le cantó por las Religiosas dos veces el credo, la salve y se le rezó todo el salmo que ordena,

despues de la recomendación del alma, la Sta. Iglesia continuándose la agonía. Entonces se fué recuperando pero á poco rato le repetia el accidente con unos desmayos ó deliquios que en cada uno parecia que se quedaba, hasta las dos de la mañana que se le trajo la Sta. Comunión. Poco antes se quedó en uno de estos parasismos, de suerte que temi no alcanzara al Sr., mas ya que su Magestad llegava volvió perfectamente en su acuerdo y comulgó. Prosiguió así hasta el medio día siguiente, continuándosele así estos últimos nuncios de la muerte, en que habia notable variación aun en la mudanza de semblante. De los cuales observé en uno en que me dijo al arrebatarse se ahogaba que le corrieron como dos telas blancas sobre las pupilas de los ojos y se los cubrieron del todo, hasta que volvió en sí y momentaneamente desaparecieron.

Como estaba toda llagada por la continuación de la cama y con hinchasones sumamente empedernidos, los violentos y extraordinarios movimientos de aquella noche antecedente la habian dejado grandemente adolorida; porque se habian exasperado las llagas y acaso tambien las úlceras interiores que padecia de los riñones estarían irritadas, no podia sufrir la cama, como que estaba en ella sobre la carne viva; por esto me pidió que queria vestirse y bajar allí delante sobre una tarima que estaba al pié de la cama. No me pareció conveniente y la respondí esto. Calló, porque hasta entonces, en que estaba en los últimos instantes, conservó el ser obediente, como habia adquirido en la vida. Mas conociéndole yo por el semblante que estaba afligida, le pregunté: ¿Qué tenia? y me dijo que no la queria yo dar aquel alivio que pensaba lograr. Al punto como que no deceaba yo otra cosa sino su alivio y consuelo, le declaré que por mi se levantara. Con este permiso comenzó á hacer instancias á las que la asistian y consiguió el vestirse y vajar de la cama; pero tampoco se le aliviaron los dolores así, continuábanse juntamente con los parasismos. Al medió día del doce habiéndose bajado Ntra. Sra. de su nicho para vestirla y sacarla á la Iglesia, cuando se debia colocar en su trono para el día de su Asunción á los Cielos, con esta ocasión condescendió la M. R. M. Priora á mi instante súplica y la llevé á la enferma á su Celda el milagrosísimo Simulacro, acompañando las religiosas con luces en las manos, rezando las letanias lauretanas. En la celda de la enferma que esperaba á la Sra. con ancia y llena de confianza toda que le habia de sanar, se rezó dos veces la Salve regina: hizo sus deprecaciones

con algun espacio y por último pidió que el manto de la Señora se lo descozieran y hecharan sobre la cabeza, como tenía ella costumbre de hacerlo.

Volvi yo la Sta. Imagen en la misma forma de acompañamiento á su Camarín. Cosa prodigiosa á la verdad. No me atreveré yo á decir que fué milagro, pero todos deben confesar que es admirable lo que sucedió. Desde entonces mismo en aquel punto se alentó la M<sup>te</sup> Nicolasa, comió y reposó con descanso. No volvieron los paracismos, mejoró y casi sanó, el semblante, quien lo viera, la mandaría vestir, no estaria con mejores colores cuando sana: en fin se hubiera procedido á esta demostracion, si se hubiese quitado la raiz de sus enfermedades y disuelto la hidropesia.

Con esta mejoría pasó tres días, imaginándonos todos, que poco á poco iria convaleciendo, y recuperandose, como en muchas ocasiones la habia sucedido. Mas Ntra. Señora como verdadera Madre nos querria (pienso) dar á entender, que si la conviniera la salud, á Mayor gloria de Dios, se la daria benignamente, como le daba aquel alivio tan conocido de su mano; pero en adelante, que era la soberana disposición del Altísimo, por entonces muriera para ser premiada como esperamos de la infinita Misericordia de su Hijo Santísimo, por su poderosa intercepción, y por último nos consoló grandemente con su beneficencia y nos inspiró una preciosa confianza para estímulo de que acudamos siempre á su Maternal piedad en nuestras necesidades todas que son tantas. El día de la Asunción de Ntra. Sra., habiendo comulgado muy de mañana por celebridad del día, á cosa de las diez de la mañana, se le volvió á irritar la sangre, con un sueño pesado, de suerte y con tal extremo y habiendo hechado mucha antes por la boca y suspendiendosele los tres días de su alivio, llegó entonces no solo á escupirla en copia, sino que tambien le brotaba por los ojos en lágrimas sanguineas. Continuó asi dos días, hasta la mañana del día diez y siete en que habiendo encargado mucho al P<sup>re</sup> Rector cuando salia á decir misa que la encomendara con mucha especialidad al Señor y á Ntra. Señora la Salud, pero despues dió dos quegidos y se quedó, quien sabe si entonces muerta. Ella no tuvo mas agonía.

Yo me estaba revistiendo para decir misa, cuando llamaron, me volví á quitar el alba fuí cuanto mas presto pude á acudirle, pero con todo no le hallé señales positivas de vida, que me quitaron toda duda, como ni tampoco, sino muy dudosas de estar ya difunta.

Pasado tiempo mucho mas de media hora, ya formé juicio de haber acabado. Salí inmediatamente á celebrar por su alma la misa de difuntos.

He aquí como acabó su vida, sin ancias, sin dolores, segun lo mucho que temia la M<sup>te</sup> Nicolasa por haber confiado con gran firmeza, conforme yo la sugería en la piedad misericordiosísima de Ntro. Amabilísimo Dios. En toda su enfermedad dió ejemplos esclarecidos de todas las virtudes; y tales que el P<sup>re</sup> Rector Ignacio Lazcano, con su maduro juicio dijo no pocas veces, no habia visto morir otra persona con mejor disposición que á la M<sup>te</sup> Nicolasa. Ntro. Sr. que le embió tanto que padecer, que parece se le alambicaron en esta última enfermedad, todas las que tuvo en su vida, porque fué el compendio de todas ellas; le dió una serenidad de conciencia en medio de todo esto, admirable.

No padeció tentación alguna, todos los pensamientos malos se le sofocaron, de suerte que ninguno le asaltó en todo el tiempo de su enfermedad, quitándose los Dios para su sociego y paz y para que nosotros fíemos de su Benignidad amorosa, que por último nos hemos de llegar á ver como ella, y nos entreguemos con toda seguridad en sus manos. Toda su batalla se reducía á si se impacientaba ó no; en que tenia la delicadeza de apuntar por impaciencia aquellas impertinencias consecutivas de un accidente largo y molesto, y mas tambien aun el mismo quejarse siendo asi que habia de ser muy agudo el dolor para abrir sus labios.

Una noche que estaba con aquella terribilísima punzada que la hacia dar de gritos con suma lástima y commiseración de cuantos la oíamos, me llamó porque la obligaba á pedir á Dios ya la muerte por alivio para preguntarme si era aquello desesperación ó si la desesperaria aquella punzada. Procuré consolarla y hacerle cobrar ánimo para sufrir, viendo sus dolores, con los que padeció por nuestro amor Jesucristo en la Cruz, y la díge que era algun alivio quejarse, y que se quejara cuanto quisiera. A lo que ella repuso, que daría mala noche á las religiosas vecinas. Yo la satisfice de su caridad y compación que estarian rogando á Ntro. Sr. porque la aliviase; por lo demas habian de llevar bien la incomodidad estando expuestas á las mismas enfermedades y dolores y á otras cosas mas graves de que abunda llena de muchas miserias nuestra vida.

Vivio la M<sup>te</sup> Nicolasa para gloria de Dios, veinte y ocho años, cinco meses y doce días. En la religion, desde su entrada, diez años

cuatro meses y dos días. Tuvo las virtudes necesarias para ser buena religiosa, esmerándose mas en las principales de que he tratado en el discurso de su vida. La Divina Magestad, la premió con una preciosa muerte, en su precencia, como esperamos en su Misericordia, el día diez y siete de Agosto del año de mil y setecientos y cincuenta y ocho.

Esperamos que logró la indulgencia plenísima de Jesucristo Ntro. Sr., como arriba dejo insinuado, por morir religiosa. Esta es disposición altísima de su Magestad, sin esperar la benigna conceción de sus Vicarios en la tierra, los Pontífices Sumos; á quienes cometi6 el Sr. la autoridad de poder dispensar del tesoro infinito de sus méritos. Abrió piadosísimamente este tesoro el Smo. Padre Benedicto XIV y concedió en un breve Apostólico, indulgencia plenaria perpetua á todas las religiosas y demas personas, niñas y criadas que murieren dentro de este Santo Convento de Ntra. Sra. de la Salud de Pátzcuaro sin mas diligencia que la invocación del Sto. Nombre de Jesús, no pidiéndose con la boca á lo menos con el corazón. Esto se devió á las instantes súplicas del Sr. Vicario, presentadas por su orden, ante el Beatísimo Padre: y debe ser atractivo para vivir con contento en la casa de María tan privilegiada entre todas las demas.

Sobre esto, el socorro de la religión es de mucho consuelo. Acostúmbrase en ese Sto. Convento, despues de celebrarse el funera. con toda la decorosa decencia que corresponde al estado ventajoso de religiosa, proseguir con un novenario de misas solemnes y tambien se pasan luego veinte y cinco pesos de limosna, para otras tantas misas por el alma de la difunta. Todo lo cual con las muchas oraciones vocales de la Sta. Comunidad y otros sufragios particulares de cada religiosa, no dejan ni aun la mas escrupulosa duda de que está en la presencia de Dios, rogando é intercediendo por todos nosotros la R. M<sup>e</sup> Josefa Nicolasa Javiera de Sta. Teresa.

Esta es la noticia toda que pude adquirir de su vida y me pareció seria de mucha gloria para Dios, si la daba digerida en esta carta. Para emprenderlo así, no fiándome de mi dictamen y propio juicio, consulté varios pareceres de mi respeto y veneración exponiéndoles las razones y motivos que á mi me lo persuadian, y juzgando todos los que vi á este fin, que haria obsequio á Ntro. Sr. en ello, que lo reconozco bien pequeño, aunque para mi trabajoso; me determiné por último á escribirla para consuelo de VVs. RRe-

verencias, me perdonaran por su caridad la tardanza, á que me han obligado mis ocupaciones, lo mal limado de sus cláusulas, lo frio y helado de sus expreciones; bien que de esto último, corre por cuenta de Vs. Reverencias, que intercediendo por mi con su Divino Esposo Jesucristo Ntro. Sr. y con su M<sup>e</sup> Maria Sma. Ntra. Sra. de la Salud, se renueve y mejore el principio, que fué causa de tal defecto.

En el detalle de esta vida, habran Vs. Reverencias observado, segun las ofrecí desde el principio, un maravilloso engarze de los beneficios que le fué haciendo Dios sucesivamente y con orden á la M<sup>e</sup> Nicolasa, como fué correspondiendo á ellos y haciéndose digna de que su Magestad se los continuara y añadiera otros: como se ejercit6 hasta conseguirlas en un grado mas que mediano, en las virtudes todas, con esmero en las principales, sin salir de los términos de una vida comun: como se fué ajustando á la vida religiosa, y sin violencia, conserv6 puramente su fidelidad á Dios: como se portó con religiosidad, de suerte que nunca mereció recibir de su Prelado una reprehención: como en fin la gran Bondad y Misericordia de Dios la premi6 con una muerte buena y edificativa y esperamos confiadamente que en su precencia agradable.

Yo pido á Ntro. Sr, por interposición de su M<sup>e</sup> Sma. conceda á todas VV. Reverencias el mismo cúmulo de beneficios para que le sirvan fidelísimamente, como á su Amantísimo Esposo por dilatados años de vida. En las Santas oraciones de todas VV. RR. me encomiendo especialísima y perpetuamente. De este Colegio de la Compañía de Jesús de esta Ciudad de Pátzcuaro á quince de Abril de mil y setecientos y cincuenta y nueve años.

M. R. M<sup>e</sup> Piora, R. M<sup>e</sup> Subpiora y Sta. Comunidad.  
De todas VV. RR. Afmo. Siervo.

Ths.

TOMÁS ANTONIO PEREZ.—(Rubricado).

FIN.

